



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DIARIO DE LA PRENSA DE LA REGIÓN

NUM 12430

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES

En la Península — Un mes, 2 ptas. — Tres meses, 6 id. — Exterior — Tres meses 11'25 id. — La suscripción se pagará de antea y 16 de cada mes. — La correspondencia a la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

MARTES 14 DE ABRIL DE 1903

CONDICIONES

El precio será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Con depósitos en París, A. Lorette, rue Gaumartin 61; y J. J. Lorette, Courbevoie-Montmartre, 81

EQUIPOS PARA NOVIAS RUIZ DE VELASCO MONTERA, 7, MADRID

Casa especial en toda clase de ropa blanca. Modelos de la más alta novedad en camisas de día y de noche *sant de Lil* y enaguas de vestir. Especialidad en juegos de cama y mantelerías con incrustaciones, bordados y encajes. Colechas de muselina de la India, confeccionadas, con cifras, on-tredosos y calados, estilo modernísimo. Todas las ropas se cosen y bordan á mano.

PRECIOS FIJOS

SE ENVIAN CATALOGOS

Vuelta á lo mismo

Pasó la semana santa con su aspecto de suprema tristeza y sus procesiones más ó menos brillantes alusivas al drama del Calvario. Hemos saturado de nuevo la memoria con las enseñanzas de aquellos dolores y amarguras padecidos por el Hombre justo, y al meditar sobre aquel cúmulo de horrores, hemos readquirido la resistencia que necesitamos para hacer frente a las contrariedades de la vida.

La fiesta de resurrección, celebrada anteayer, cierra el periodo conmemorativo de la luctuosa tragedia; y al salir de él volvemos a lo mismo, a pensar en España, en sus peligros, en el aislamiento en que vive, en los esfuerzos que realiza para renacer a vida nueva que la haga respetable y respetada.

No ha acabado para esta nación infeliz su semana de pasión. El

desastre colonial fué sólo una etapa de la misma y con ser tan grande, tan tremendo, aún no se ve el final de esta cadena de dolores nacionales capaz por su rigidez y pesadumbre de acabar con nuestra esperanza y nuestra fé.

Pasean al presente por el mar que rodea nuestra casa los representantes de dos naciones poderosas que interesan no poco en el pleito marroquí y no se ha acercado ninguno á saludarnos, demostrando con esto que entre ellos y nosotros no hay nada de común.

Que esto es muy significativo, maxime cuando en estos instantes se desarrolla un incidente del citado pleito á la puerta de nuestra vivienda y pudiéramos vernos obligados á pedir la palabra, lo dice la prensa, no ya la nacional que pudiera al hablar de estos asuntos inspirarse en intereses políticos, sino la de allende las fronteras que por estar lejos ha de ver los sucesos que se desarrollen con imparcialidad.

A las puertas de Melilla siguen empeñados combates las fuerzas del Sultan y del Roghi. Las balas que se cruzan entre insurrectos y leales llegan á nuestro campo, y la superior autoridad de la plaza impide que los españoles se acerquen a los límites de nuestra posesión para evitar motivos de reclamación. Pero esa orden que es una medida de prudencia que alaba mos, puede no ser bastante á impedir que surja algún conflicto. Marruecos no es un pueblo civilizado. El Roghi que acantiló la parte más fanatizada de aquellos

naturales, alienta el odio contra los cristianos y el Roghi va á llegar con su ejército á las inmediaciones de Frajana y está allí indolente con el campo español.

Seguramente si hay una agresión por parte de los moros sobre lo que constituye en Africa nuestra propiedad, se repelerá con la dureza necesaria, cueste lo que cueste.

¿Pero costará mucho? Si ese caso llega, ¿quedará reducido á una escaramuza con los moros ó será esa escaramuza el fulminante puesto al almacén de explosivos que re-

presenta para Europa la eterna y peligrosa cuestión de Marruecos?

Seguramente los momentos actuales son de preocupación honda. Tal vez no ocurra nada porque al Pretendiente no le tiene cuenta crearse dificultades exteriores cuando tan empeñado está en la guerra contra el Emperador. Pero puede ocurrir á despecho de todos.

Razón hay para abrigar temores, porque de nada sirve la prudencia cuando se interpone la fatalidad.

AUTOBIOGRAFIA (1)

Al Director de *Pluma y Lápiz*.

Aunque contar mi vida no viene á cuento, A su insistente ruego no soy de roca. ¿Quiere usted mi semblanza? Pues va al momento. ¿Quiere usted más? Pues pida por esa boca.

En Murcia, donde hallaron florida cuna Roma, Selgas, Cascales, Polo y Salillo, Há más de medio siglo, por mi fortuna, Miré por vez primera del sol el brillo.

No bien abrí los ojos, cuando en el lecho Mi madre me brindaba calor y vida, De nuestra alcoba abajo se vino el techo, Sin duda para darme la bienvenida.

Resultamos ilijos y hoy me exaspera Que el techo no me hubiese dejado muerto, Pues ya que de mi vida dió fé, debiera Haber dado enseguida fé de mi muerte.

Fué mi primer maestro don Juan Trigueros Y fueron en su escuela colegas míos Díaz Casca, titulado de los primeros Y Madridal, poeta de grandes bríos.

Formado de cada tes en un enjambre, Ingresé en el Colegio de Artillería,

(1) De Carlos Cano, publicada en el libro *Hojas de la Literatura*, de dicho autor.

A la vez que Liguera y que Lachambre, Que hoy son dos generales de gran valla.

Allí al par que en catetos ó hipotenusas Dí pruebas evidentes de mis progresos, Empecé, sin saberlo, dando á las musas, A disparar quintillas y otros exocos.

Del 22 de Junio la cruel jornada Me hizo que entrara en fuego por vez primera Y desde entonces llevo siempre grabada En el fondo del alma mi fé artillera.

Del tercer Regimiento siendo ayudante, Presencé las reñidas oposiciones Donde Chapí, aun imberbe, salió triunfante De director de banda con los galones.

Asistí á las reuniones de Ramón Chico De Guzmán, cuyo número dejó honda estela, Y allí admiré el ingenio fecundo y rico De Luján, Sánchez Pérez, Pace y Silveira.

Antigo de batallones de creoles varios Colaboré en los diarios más principales, Sin mirar si eran rojos ó reaccionarios, Sin ver si eran carlistas ó liberales.

Y la atracción sintiendo de las quintillas Toqué del periodismo las cuerdas todas, E hice artículos, versos y gacetas Y revistas de teatros y hasta de modas.

Elaborando pólvora pasé diez años, En ellos preconcibiendo dos voladuras, Y aunque ninguna de ellas me causó daños De volar me ví cerca por las alturas.



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.



185

LA MUERTE

El se paró y dirigió una mirada á las filas...—¡No, pasa por encima!

Y continuó su paseo á largos pasos á fin de llegar en diez y seis al lindero.

Un silbido, un choque. Una bomba hizo un toyo en la tierra seca, y desapareció. Acometióle un escalofrío involuntario, y de nuevo miró á las filas; sin duda habían caído muchos hombres, porque delante del segundo batallón se había formado un gran grupo.

—¡Caballero edecán — exclamó — prohibid que se agrupen los soldados!

El interpelado obedeció y se acercó al Príncipe. Hacía él venía por la parte opuesta el jefe de batallón á caballo.

—¡Cuidado! — dijo en aquel instante un soldado lleno de terror.

Como un ave de vuelo rápido que se posa en tierra, cayó una granada con un ligero choque á los pies del caballo del jefe de batallón, á dos pasos del príncipe Andréi.

El caballo, sin preocuparse de si estaba bien ó mal manifestar su espanto, se encabritó, relinchando de miedo, y echándose á un lado, estuvo á punto de derribar al mayor.

—¡Eh! — gritó el edecán.

El príncipe Andréi permanecía en pie, dudando. La granada, como una enorme peonza, giraba humean-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 184

do y tuviese que intervenir en ello; se partaban los muertos y heridos y luego las filas volvían á cerrarse. Los soldados que se alejaban corriendo volvían en seguida. Al principio, el príncipe Andréi había creído deber suyo animar á su gente y darles ejemplo recorriendo las filas; pero pronto reconoció que nada tenía que enseñarles. Como cada uno de los soldados, sólo tendía con todas las fuerzas de su alma á deshacer del pensamiento lo horrible de la situación. Andaba por la hierba pisoteada examinando maquinalmente el polvo de sus botas. Unas veces, dando grandes pasos, seguía el surco trazado por los aradores; otras, contando sus pasos, se preguntaba cuántos se necesitarían para pasar de un lindero al otro y para andar una versta; otras, en fin, arrancaba las plantas de ajeno que crecían en el lindero del campo, y estrujaba entre los dedos las flores para respirar su aroma amargo y fuerte.

Ya no quedaban en su mente huellas de los pensamientos de la víspera; sin pensar en nada, prestaba cansado oído á los mismos ruidos repetidos, al estallido de las granadas y de la fusilería. A veces miraba al primer batallón, y aguardaba.

—¡Ahí está! ¡También los cae encima! — gritaban al oír acercarse un silbido y una ligera humareda.

—¡Una! ¡Otra! ¡Qué da!

LA MUERTE

181

las trincheras, y de repente tuvo la certidumbre de estar aún vivo.

Una piedra le había herido ligeramente en la cabeza. Su primera impresión fué casi de pesar. Se había encontrado tan bien, tan tranquilo nento al ir á pasar á la otra banda, que al volver á la realidad, la vista de las bombas, de las trincheras y de la sangre le fueron desagradables. La segunda impresión fué una alegría inconsciente de sentirse con vida, y la tercera, alejarse cuanto antes del bastión. El tambor vendió la cabeza á su comandante, y le llevó á la ambulancia sosteniéndole por debajo del brazo.

Centenares de cuerpos, recientemente ensangrentados, y á los que dos horas antes agitaban diversos deseos, esperanzas sublimes ó mezquinas, yacían con los miembros rígidos en el valle florido y bañado de rocío que separaba el bastión de la trinchera, ó sobre el terso pavimento de la capilla de los muertos en Sebastopol. Centenares de hombres, con maldiciones ó ruegos sobre sus labios secos, se arrastraban, se retorcan y se lamentaban, unos abandonados entre los cadáveres del florido valle, otros sobre las camillas, las camas ó el suelo húmedo de la ambulancia. Y á pesar de esto, el cielo, como en días anteriores, se iluminaba con los resplandores de la aurora porvenir-